

FAMILIAS VIVAS

Aurelio Molè (coord.)
Redactor de la revista Città Nuova

Familias vivas

renovadas por el Evangelio



Título original:

Famiglie vive

© 2012, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma

Traducción: *Javier Rubio*

Revisión: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2012, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-250-1

Depósito legal: M-17.188-2012

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Prólogo

La familia y el Evangelio

Me hace ilusión presentar esta selección de testimonios sobre la vida y la pastoral de las familias. Forma parte de una comunicación de experiencias significativas que ha empezado a promover el Pontificio Consejo para la Familia con el deseo de que se pueda desarrollar cada vez más y en distintos ámbitos (internacional, nacional, diocesano), mediante una variedad de iniciativas, como publicaciones, sitios de internet, exposiciones y congresos.

Desde siempre el testimonio personal y comunitario ha sido esencial para la vida y la misión de la Iglesia. «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21). «La comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión»¹. Los creyentes comprometidos, las familias cristianas y las comunidades eclesiales son los que evangelizan en la medida en que viven la unidad con

¹ JUAN PABLO II, exhort. apost. *Christifideles laici* (30-12-1988), n. 32.

Cristo y el amor recíproco se orienta a todos. Evangelizan por irradiación y atracción, con la fuerza y la belleza de su testimonio, que trasluce la presencia viva de Cristo y el luminoso reflejo de la Trinidad

La Iglesia es «el pueblo adquirido por Dios para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado» (1 P 2, 9). «Existe para evangelizar»². «La misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales»³. «El Señor llama siempre a salir de uno mismo, a compartir con los demás los bienes que tenemos, empezando por el más precioso, que es la fe»⁴. La evangelización se lleva a cabo mediante la oración, el sacrificio, el testimonio personal y comunitario, el anuncio y la profesión de fe, el voluntariado y la solidaridad, la animación cristiana de las realidades terrenales, según cada vocación y los múltiples carismas de los creyentes.

Aun cuando las comunidades eclesiales sean exiguas en su número, la misión de la Iglesia sigue teniendo una incidencia universal, según la lógica de unos pocos por todos: «Por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, este pueblo mesiánico es, sin embargo, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de sal-

² PABLO VI, exhort. apost. *Evangelii nuntiandi* (8-12-1975), n. 14.

³ JUAN PABLO II, encíclica *Redemptoris missio* (7-12-1990), n. 2.

⁴ *Ibid.*, n. 49.

vación para todo el género humano. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. *Mt* 5,13-16)⁵. Para todos los que viven su responsabilidad misionera en difíciles situaciones de minoría y aparente esterilidad, esta perspectiva es motivo para confiar y tener ánimos. Según un hermoso dicho atribuido a Pablo VI, «no hay que tener miedo de la noche mientras haya fuegos encendidos que iluminen y den calor».

La calidad es más importante que el número. Para evangelizar de forma significativa es necesario que los cristianos no sólo sean bautizados y no sólo sean practicantes de la misa los días festivos, sino que se comprometan sinceramente en un camino permanente de conversión y vivan una relación personal y consciente con el Señor Jesús. Así se le permite a Cristo Salvador actuar en nuestras relaciones humanas, en nuestra actividad cotidiana, en los distintos ambientes, en las situaciones existenciales y sociales con la potencia misteriosa de su Santo Espíritu. Así se enciende una luz, un signo creíble del Señor resucitado, que se ha quedado con nosotros en la historia hasta el final de los siglos, como Él mismo prometió (cf. *Mt* 28, 20). No se trata de

⁵ CONCILIO VATICANO II, constitución dogmática *Lumen gentium* n. 9.

ejemplaridad de buenos cristianos, sino de sacramentalidad eclesial; no sólo de nuestro empeño, sino de la gracia, del amor mismo de Cristo, acogido, llevado y manifestado por nosotros a todos.

Dentro de la Iglesia –sacramento de salvación– y a semejanza de ella, también la familia cristiana es sujeto evangelizador, signo de la presencia de Cristo Salvador, expresión de su amor. La familia cristiana es una actuación específica de la Iglesia, «una pequeña Iglesia misionera»⁶. «[Los esposos] no sólo *reciben* el amor de Cristo, convirtiéndose en comunidad *salvada*, sino que están también llamados a *transmitir* a los hermanos el mismo amor de Cristo, haciéndose así comunidad *salvadora*»⁷. Al igual que la Iglesia, la familia cristiana evangeliza ante todo con lo que es y luego con lo que hace y dice; «está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y de amor»⁸.

El amor conyugal, síntesis de *eros* y *ágape* (deseo y donación), en la medida en que es auténtico y corresponde al designio divino, contiene y revela la presencia de Dios, que es en sí mismo amor, perfecta unidad de

⁶ JUAN PABLO II, *Ángelus* 4-12-1994.

⁷ ID., exhort. apost. *Familiaris consortio* (22-11-1981), n. 49.

⁸ *Ibid.*, n. 50.

las tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La alianza de amor entre los cónyuges cristianos, al tiempo que responde a la necesidad humana fundamental de amar y ser amado, es también sacramento vivo del amor conyugal de Cristo por la Iglesia. El Señor Jesús los hace capaces de amarse entre ellos igual que Él ama a la iglesia; es más, los hace partícipes de su mismo amor por la Iglesia. Es Él quien ama a través de quienes se aman; es Él quien se dona en el recíproco donarse de los cónyuges y en su común donarse a los hijos. Cuanto mayor es el amor humano entre los cónyuges y por los hijos y por todos, tanto más intensa es su presencia. «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). En el clima bueno y hermoso que reina en la familia, algo de él y de su amor se torna visible y se experimenta. Obviamente esto se realiza si y en la medida en que se acoja su Espíritu y se coopere con su gracia, construyendo progresivamente una hermosa relación de pareja mediante un diálogo confiado y sincero, la comunicación de pensamientos y sentimientos, el respeto y el afecto recíprocos, el buscar el bien del otro, el servicio, el sacrificio, el perdón, la recíproca donación y acogida en el encuentro sexual, la dedicación común a los hijos, la oración en casa, la participación fiel en la misa dominical, la inserción en una determinada comunidad eclesial, la responsabilidad en el trabajo y el compromiso con la sociedad. «[Entre los caminos de la mi-

sión,] la familia es el primero y más importante; con ella cuenta la Iglesia, y la llama a ser un verdadero sujeto de evangelización y apostolado»⁹. «Una familia auténtica, fundada en el matrimonio, es en sí misma una *buena noticia* (un evangelio) para el mundo. Además, en nuestro tiempo hay cada vez más familias que colaboran activamente en la evangelización, ya sea en su parroquia y diócesis o compartiendo la misma misión *ad gentes*. Sí, queridas familias, ha madurado en la Iglesia la hora de la familia, que también es la hora de la familia misionera»¹⁰.

La familia cristiana siempre ha sido el primer cauce para transmitir la fe, pero hoy es especialmente urgente reconocer y revalorizar sus grandes posibilidades para evangelizar. Puede evangelizar *en la misma casa* con la oración y escuchando la Palabra de Dios, con la catequesis familiar, el amor y la edificación recíprocos. Puede evangelizar *en su entorno* mediante unas buenas relaciones con los vecinos, los parientes, los amigos, los compañeros de trabajo, en el colegio, con los compañeros de deporte y de entretenimiento. Puede evangelizar *en la parroquia* con su participación ejemplar en la misa dominical, con el acompañamiento en el camino catequético de los hijos, participando en encuentros de

⁹ JUAN PABLO II, *Homilia*, 21-10-2001; cf. Carta a las familias *Gratissimam sane* (2-2-1994), nn. 2, 16.

¹⁰ ID., *Ángelus*, 21-10-2001.